

Reflexiones sobre el papel de la teología en la universidad jesuita actual

James Hanvey*
Hille Haker**
Susan K. Woods***
Dominic Tomuseni****
Gerry Whelan*****
Bagus Laksana*****
Luis Felipe Navarette*****
Joseph Mueller*****
James McCartin*****
Peter Folan*****

Resumen

Este documento de reflexión fue preparado por un grupo de teólogos de una variedad de instituciones jesuitas y diversas áreas de experiencia teológica. El grupo trabajó durante un año a través de discusiones y presentaciones de Zoom. Finalmente, un subgrupo se encargó del primer borrador, que fue revisado por todo el resto. Esperamos que quienes lean este trabajo lo enriquezcan con consejos y críticas. El objetivo general del documento es iniciar la reflexión y el diálogo sobre el modo en que la educación teológica y la propia disciplina son componentes importantes de la renovación y el avance de la misión de la educación superior jesuita. Por lo tanto, nuestra primera pregunta es si el documento logra este objetivo. Nuestra segunda pregunta es si hemos pasado por alto algún punto importante o hemos

Nota de los autores: Traducido del inglés al español por Bruno Pazzi, asistente del secretario para el Servicio de la Fe de la Curia General de la Compañía de Jesús en Roma (Lic. en Sociología por la USAL).

* Rev., S. J. Secretario para el Servicio de la Fe. Correo electrónico: fede@sjcuria.org

** Loyola University Chicago. Correo electrónico: hhaker@luc.edu

*** Regis College. Correo electrónico: susank.wood@utoronto.ca

**** Rev., S. J. Hekima. Correo electrónico: dominictomuseni@yahoo.com

***** Rev., S. J. Pontificia Universidad Gregoriana. Correo electrónico: whelan@unigre.it

***** Rev., S. J. Sanata Dharma. Correo electrónico: bagus.laksana@usd.ac.id

***** Rev., S. J. Pontificia Universidad Javeriana. Correo electrónico: navarretel@javeriana.edu.co

***** Rev., S. J. Santa Clara University (1960-2023)

***** Fordham University. Correo electrónico: jmccartin1@fordham.edu

***** Rev., S. J. Georgetown University. Correo electrónico: peter.folan@georgetown.edu

tergiversado alguna cuestión crucial. Agradecemos las reflexiones de los lectores sobre una o ambas cuestiones.

Palabras claves: teología, universidad jesuita, educación teológica

Abstract

This thought paper was prepared by a group of theologians from a variety of Jesuit institutions and diverse areas of theological expertise. The group worked for a year through Zoom discussions and presentations. Finally, a sub-group was responsible for the first draft which was then reviewed by the rest. Our hope is that readers will enrich our work with advice and critique. The general aim of this paper is to initiate reflection and dialogue on the way that theological education and the discipline itself are important components of the renewal and advancement of the mission of Jesuit higher education. Thus, our first question is whether the paper achieves this goal. Our second question is whether we have missed any important points or misrepresented any crucial issues. We welcome the readers' reflections on one or both of these matters.

Keywords: theology, Jesuit university, theological education

Contexto: identidad, secularización, privatización, marginación

Las universidades jesuitas se encuentran en contextos muy particulares, dependiendo de su ubicación geográfica. Lo mismo sucede con la Iglesia. Como nunca antes, la universidad católica debe dar cuenta de sí misma en un ambiente de pluralismo religioso. En algunos lugares, la coexistencia de múltiples reclamos de verdad se da dentro de un secularismo neutral más amplio, y la identidad católica se encuentra a la deriva. En esto, un peligro siempre presente es la privatización de la religión y la relativización de las afirmaciones de verdad expresadas en la actitud de que, “de todos modos, todo es opinión”. En otras partes del mundo, la universidad católica puede ser una minoría religiosa para la que el desafío es mantener una identidad fuerte y su diferencia frente a la oposición. En otros, el catolicismo puede representar una mayoría religiosa con la consiguiente tentación de complacencia asociada con el poder y el prestigio, a pesar del resentimiento de las voces minoritarias.

Cada una de estas cuatro dimensiones, o contextos, presenta desafíos únicos para el lugar de la teología en la universidad. Para el primero, el reto es establecer la relevancia de la teología y su lugar en la academia. Para el segundo, es mantener la importancia de los símbolos de identidad religiosa. Para el tercero, el reto es resistirse a la relegación de la teología a la esfera privada e individual. Para el cuarto, es acompañar a las personas

que se encuentran en los márgenes de las estructuras de poder y recuperar un modelo de discipulado de servicio.

El papel de la religión en la sociedad es, en ocasiones, profundamente ambiguo. No pocas veces, la teología y la religión pueden ser cooptadas con fines políticos en el marco de guerras culturales, lo que las convierte en peones de partidos políticos o de ideologías rivales. La teología, junto con las artes liberales, corre el peligro de ser víctima de un enfoque tecnocrático de la educación, en un entorno consumista y lucrativo. Sin embargo, la teología forma parte del conjunto de ideas, valores y símbolos que constituyen una cultura. De hecho, participa en la *transformación de la cultura* según los valores cristianos cuando ayuda a la universidad a formar mujeres y hombres capaces de *negociar el pluralismo y fomentar el diálogo* por encima de las diferencias.

Identidad y misión de la universidad jesuita

Casi desde el principio, la Compañía de Jesús estuvo comprometida con la educación al más alto nivel. Apenas con sesenta miembros, prácticamente todos con una importante formación teológica, recibió su reconocimiento oficial en 1540 de manos del Papa Pablo III. En 1548, la Compañía había creado su primera “universidad” en Mesina; y, en 1551, solo once años después de su fundación, San Ignacio estableció el Collegium Romanum. Lo extraordinario es la rápida expansión de la Compañía hacia la educación superior, que continúa hoy en día.

La fundación de universidades también tuvo un impacto significativo en la identidad de la Compañía y en la forma de concebir su misión. Originalmente, Ignacio y sus compañeros se veían a sí mismos como misioneros itinerantes, disponibles para ser enviados a cualquier parte del mundo por el Papa o el Superior General de la Compañía. La fundación de universidades y colegios los comprometió con el apostolado intelectual, lo que significaba comprometerse no solo con las fronteras geopolíticas de un orden mundial cambiante, sino también con las fronteras intelectuales y teológicas en el crisol donde se forman las culturas. Esta naturaleza misionera forjó, para esta época, una nueva comprensión del mundo y de la humanidad.

La Compañía pronto se dio cuenta de que no había contradicción entre su misión evangélica y eclesial y la búsqueda del conocimiento, la verdad, la comprensión y la virtud que se encuentra en el corazón de todo el esfuerzo humano. La universidad jesuita tiene una misión que va más allá de lograr la distinción académica o de garantizar su seguridad financiera. Da testimonio de que la persona humana no puede reducirse a categorías materiales, económicas, sociales o políticas. Proclama que posee una

vida espiritual irreductible y una dignidad trascendente garantizada, en última instancia, por Dios, independientemente de la situación particular de la persona o de sus creencias. Desde este punto de vista, la misión de la universidad jesuita es formar a las mujeres y a los hombres en su totalidad. Por supuesto, como todas las universidades, está comprometida con una rigurosa investigación crítica y creativa, así como con la reflexión interdisciplinar. Pero asume este compromiso a la luz de una fe que exige discernimiento espiritual y praxis ética.

Desde el principio, la Compañía entendió que la teología estaba en el centro de su misión intelectual y de su empresa educativa. Esto puede verse en su reflexión sobre la naturaleza integral de la misión de las universidades, especialmente reflejada en los decretos de sus Congregaciones Generales y en los escritos de sus superiores generales desde el Vaticano II. Estos textos describen las características esenciales de una universidad jesuita y llaman la atención especialmente sobre estas tres:

1. Las universidades jesuitas deben servir a la comunidad más allá de sus fronteras. Las universidades y las instituciones de enseñanza superior desempeñan un papel cada vez más importante en la formación de toda la comunidad humana, ya que en ellas se forjan los debates sobre la ética, las orientaciones futuras de la economía y de la política, y el sentido mismo de la existencia humana. En consecuencia, debemos procurar que la Compañía de Jesús esté presente en tales instituciones, ya sea dirigida por ella misma o por otros, en la medida en que podamos hacerlo. Es crucial para la Iglesia, por lo tanto, que los jesuitas dedicados continúen comprometiéndose en el trabajo universitario (Congregación General XXXIII de la Compañía de Jesús, 2018, p. 11).
2. Las universidades jesuitas deben ser capaces y estar dispuestas a criticar las sociedades en las que están insertas. Debemos seguir trabajando con ahínco, imaginación y fe, y a menudo en circunstancias muy difíciles, para mantener e incluso reforzar el carácter específico de cada una de nuestras instituciones de educación superior, como juicio y como universidad, y hacer que ambos aspectos permanezcan siempre plenamente operativos (Congregación General XXXIV de la Compañía de Jesús 2018, p. 12).
3. Las universidades jesuitas operan desde una tradición de fe de la que la promoción de la justicia es un elemento constitutivo necesario. Las universidades de la Compañía, participando en su misión, deben descubrir, en sus propias formas institucionales y en sus auténticas finalidades, el ámbito específico y adecuado, en consonancia

con su naturaleza, para fomentar la fe que hace justicia (Congregación General XXXIV de la Compañía de Jesús, 2018, p. 7).

¿Cuáles son entonces las implicaciones de estas características para sus programas curriculares y extracurriculares? Desde su fundación, las universidades jesuitas han preparado y promovido una auténtica transformación de los estudiantes que les han sido confiados. Se deduce entonces que estas preparan a los estudiantes para que se dediquen a construir un mundo más justo y lleno de paz a través de su propio trabajo y de su colaboración con otros. En palabras del P. Kolvenbach (2000), “La medida de nuestras universidades es lo que nuestros estudiantes llegan a ser”. Deben llegar a ser conscientes, competentes, compasivos y comprometidos. La teología desempeña un papel fundamental en este devenir.

¿Qué es la teología católica hoy?

La teología católica experimentó un cambio de época durante el Vaticano II (1962-1965). Antes de esto, la teología implicaba una serie de respuestas a preguntas que los seminaristas podían encontrar como sacerdotes. Para el estudiante laico, “teología” significaba catequesis básica. Los textos eran abstractos, deductivos y defensivos. Daban la impresión de que la fe cristiana implicaba el asentimiento a una serie de proposiciones; y la teología, la explicación de estas proposiciones. Se empleaba un enfoque filosófico que no se comprometía con el método científico, y era esencialmente pre-moderno.

En el Vaticano II, el Papa Juan XXIII invitó a los obispos a emprender una renovación del pensamiento teológico, un *aggiornamento* que se abriera a la utilización de métodos de estudio modernos. Insistió en que una cosa es el depósito de la fe, y otra el modo de explicarlo. Los dieciséis documentos del Vaticano II pueden entenderse como una respuesta a esta invitación. Algunos comentaristas describen de qué modo el cambio clave que se produjo en la teología implicó un giro filosófico hacia lo que se llamó “conciencia histórica”. Dos de los documentos más importantes representan este cambio. El primero, *Lumen Gentium* (1965), dio prioridad a la imagen de la Iglesia como “Pueblo de Dios”. La Iglesia es una compañera de viaje con el resto de la humanidad a través de la historia. El segundo documento, *Gaudium et Spes*, tenía un subtítulo revelador: *La Iglesia en el mundo moderno*. Declaraciones como las siguientes indicaban su alejamiento de la actitud preconiliar hacia el mundo moderno: “Así como al mundo le interesa reconocer a la Iglesia como una realidad histórica, y reconocer su buena influencia, la Iglesia misma sabe cuán ricamente se ha beneficiado de la historia y el desarrollo de la humanidad” (Papa Pablo VI, 1965, p. 44).

Este documento se caracteriza por un método de pensamiento que difiere radicalmente del enfoque deductivo, propositivo, de la teología preconiliar. Adopta lo que se llama un enfoque “inductivo”. Comienza con un estudio del contexto cultural y social actual; a continuación, reflexiona sobre el modo en que el mensaje de Jesucristo ofrece respuestas a las preguntas clave que surgen en los tiempos modernos. Por último, hace propuestas concretas sobre diversas cuestiones éticas, culturales y socioestructurales. Este método fue conocido popularmente como el de “ver, juzgar y actuar”. Para muchos, el método inductivo de la *Gaudium et Spes* y su llamada a atender “los gozos y las esperanzas, las penas y las angustias de los hombres de este tiempo, especialmente de los pobres y de los afligidos” (Papa Pablo VI, 1965, párr. 1), se convirtió en un modelo de cómo hacer teología en general.

La noción de teología al servicio de la Iglesia en el mundo moderno tiene un inmenso significado para el papel de esta disciplina en una universidad católica. En resumen, los signos de los tiempos no pueden entenderse sin un profundo compromiso con las demás ciencias. A la inversa, surgió la idea de que la *universidad moderna* necesita de la teología como medio necesario, aunque insuficiente, para comprender y responder a la cultura moderna. En consecuencia, la cuestión no es solo cómo la teología necesita las ciencias modernas, sino también cómo una universidad capaz de responder adecuadamente a la cultura en la que se encuentra necesita incluir la teología.

En 1990, el Papa Juan Pablo II elaboró una constitución apostólica sobre las universidades católicas, *Ex Corde Ecclesiae* (Papa Juan Pablo II, 1990), que recoge la naturaleza interdisciplinaria de una visión católica de la vida intelectual después del Vaticano II. “Toda universidad católica, en cuanto *católica*”, escribe el Papa, debe incluir, entre otras características, “una reflexión continua a la luz de la fe católica sobre el creciente tesoro del saber humano, al que trata de contribuir con su propia investigación” (Papa Juan Pablo II, 1990, p. 13; cursivas en el original).

El Papa Francisco lleva el espíritu del Vaticano II más allá cuando reflexiona, en primer lugar, sobre la experiencia de los pobres y los marginados (la iglesia como hospital de campaña). Su enfoque teológico capta el espíritu inductivo, históricamente consciente, del Concilio, al tiempo que insiste en la importancia de la colaboración interdisciplinaria. Es lo que los teólogos llaman a veces “una teología desde abajo”, en contraposición a una “teología desde arriba”, que comienza con conceptos y abstracciones.

La teología en las universidades jesuitas hoy

Como escribió John Haughey (S. J.) en 1994, ningún otro departamento ha

sufrido un grado de cambio tan grande en los últimos cincuenta años como los de teología. Los objetivos de estos departamentos han cambiado desde la formación moral y religiosa, pasando por la catequesis y la apologética, hasta la educación religiosa, la preparación para el apostolado de los laicos y el desarrollo de una capacidad crítica para reflexionar sobre la fe. Y, de 1994 a 2022, vemos otros cambios significativos en el papel de la teología, como, por ejemplo: (1) el auge de los estudios religiosos (*religious studies*) como enfoque del estudio de la religión; (2) el compromiso con otras disciplinas; (3) un mayor énfasis en la teología contextual con su uso del análisis social; (4) un mayor desarrollo de la conciencia histórica; y (5) una reducción de la teología centrada en la Iglesia con más atención al diálogo ecuménico e interreligioso.

Sin embargo, lo que sigue siendo importante es el reto de la alfabetización religiosa. Es imposible reflexionar críticamente sobre una religión de la que se es analfabeto, lo que supone un desafío para el plan de estudios de Teología en la mayoría de las facultades y universidades, donde los estudiantes llegan con una formación mínima o nula en la materia. La reducción de los requisitos de teología, allí donde existían, es otro reto. Además, en muchos lugares, también pueden cumplirse mediante cursos de estudios religiosos. Sin embargo, la teología debe ser vista como un conocimiento real. Si se la considera meramente una opinión y no un conocimiento real, si la propia disciplina se considera intelectualmente blanda, y su profesorado bienintencionado pero algo ingenuo, entonces sus departamentos quedan inevitablemente marginados, o simplemente sirven para ofrecer un plan de estudios de introducción a diversas tradiciones de fe religiosa, lo que algunos podrían llamar sociología de la religión o antropología religiosa.

Una diferencia significativa entre la teología y los estudios religiosos es que la primera procede de una postura comprometida y arraigada en una comunidad de fe viva, la Iglesia. Una cuestión crítica, por tanto, para al menos algunos departamentos y programas, es si su misión es o no presentar a los estudiantes una multiplicidad de puntos de vista religiosos o aportar una perspectiva teológica claramente cristiana al estudio de la condición humana y la vida del espíritu.

Los católicos, por tanto, pueden tener más en común con un colega judío comprometido y fiel que con colegas seculares desde la perspectiva de los estudios religiosos. Incluso cuando las religiones difieren, sean cristianas o no, la teología desde una postura de fe dentro de las tradiciones religiosas procede —al menos en parte— de un conocimiento participativo a través de la habitación en un sistema de símbolos. El enfoque de los estudios religiosos, que es una parte esencial de la empresa teológica, representa la pers-

pectiva de un observador no participante. La epistemología contemporánea apoya el uso de ambos enfoques, descriptivo y normativo, ya sea la teología católica o no católica, cristiana o no cristiana. Esta es, pues, la opción que subyace a la oferta de cursos que aportan la perspectiva de la fe al tema que se examina, y otros que se limitan a explicar lo que una tradición de fe sostiene como verdadero.

Si afirmamos entonces que la teología es una parte crítica de una educación liberal en la tradición jesuita, como se ha dicho anteriormente, entonces una educación teológica debería ser un mediador de la riqueza de la tradición cristiana, integral, interdisciplinaria, experiencial, enraizada en una comunidad de fe y en diálogo con el mundo secular contemporáneo. Cuando encarna estas características, está al servicio de la misión e identidad de una universidad jesuita.

Responder a los signos de los tiempos

El trabajo de la universidad y la teología

La generación que ingresa cada año en las universidades tiene un mejor sentido de las cuestiones de su tiempo que aquellos que se han ajustado y acomodado durante mucho tiempo a su propio contexto social, cultural y político. Es igualmente cierto decir que la forma en que las universidades se conciben a sí mismas y si se identifican como el espacio de la innovación científica y tecnológica, así como donde se demandan, se discuten críticamente y se exploran prácticamente las transformaciones sociales depende de las visiones de los líderes.

La generación actual de estudiantes se enfrenta a retos casi sin precedentes que, combinados, son causa de ansiedad existencial, económica y social. Importa cómo las universidades responden a sus preguntas sobre el *buen vivir* que se promete a cada nueva generación. Pero lo que más importa es cómo responden las universidades a la fluidez de algunos órdenes normativos sociales, por un lado, y a los marcos normativos fijos sin espacio para la libertad, por otro.

Una universidad es más que un lugar de transmisión de conocimientos. Trabajar en una universidad es diferente a hacerlo en cualquier otro entorno porque combina la investigación con la educación y el trabajo científico con el servicio para el bien común. El liderazgo académico es crucial en esta operación. Lleva aparejadas oportunidades y responsabilidades particulares cuando la universidad forma parte de la comunidad católica. En palabras de Theodore Hesburgh (C. S. C.):

La universidad católica, como universal, debe tener un pie y un interés en ambos mundos, para entender cada uno, para abarcarlos en

su comunidad total y para construir un puente de entendimiento y amor. Aquí el nombre del juego es paz, no conflicto. Solo en una comunidad universitaria así las partes opuestas pueden discutir civilmente y no gritarse. Solo en una comunidad universitaria así puede haber un discurso racional y civilizado que construya puentes en lugar de ensanchar los abismos de la incomprensión. Si esto no se puede hacer aquí, entonces la situación humana no tiene remedio, y debemos resignarnos al odio, al ruido, a la violencia, al rencor y, en última instancia, a la destrucción de todo lo que apreciamos (s. d.; la traducción es propia).

Es difícil encontrar palabras más premonitorias sobre nuestro desafío actual. La vocación de la comunidad académica es discernir y atender los puntos de crisis que amenazan el bienestar de la humanidad en cualquier momento presente. Es parte de su misión contribuir a la solución, así como el espacio para investigar, discutir y explorar las posibilidades de transformación personal y social. La teología es un interlocutor indispensable en esta tarea. ¿Cuáles son entonces los puntos de crisis a los que nos enfrentamos hoy?

Cinco importantes retos que requieren nuestra atención

Identificamos cinco áreas que requieren atención y acción urgente en este momento. Las universidades, a través de la investigación y la enseñanza transdisciplinar, contribuyen al desarrollo de una visión para la reconciliación y una vida con sentido. Todas estas áreas están englobadas en las Preferencias Apostólicas Universales (2019) y dan mayor contenido a su significado.

1. La ecología, a menudo reducida a la “crisis del cambio climático”, requiere conocimientos científicos, compromiso político y cultural, análisis y criterios éticos que puedan orientar nuevas experiencias, reflexión espiritual, así como prácticas estéticas (rituales, artes) que permitan la transformación personal y social. La contribución de la teología es, en primer lugar, elaborar y priorizar las acciones urgentes de acuerdo con las consideraciones éticas (labor que comparte con la filosofía), y, en segundo lugar, ver las acciones hacia la “sanación de la tierra”, en una amplia dimensión espacial y temporal, que conlleva significados culturales y religiosos de vivir en un solo mundo, convivir en un solo planeta, con la responsabilidad de cuidar los sistemas ecológicos y sociales.

La propia teología es una actividad interdisciplinar. Esto hace que pueda facilitar la reflexión discursiva entre las ciencias y las humanidades. Esta interdisciplinariedad permite la construcción de una auténtica “ecología

integral”, tal como la concibe *Laudato Si’*. También facilita el esfuerzo común para superar un paradigma económico dominado por una implacable razón instrumental. Hoy, una “ecología integral” centrada en el cuidado mutuo de los seres humanos, de los animales y de todo el planeta debe seguir desarrollándose, tanto teórica y prácticamente como espiritualmente. *Teniendo en cuenta las características y recursos únicos de cada universidad jesuita, debemos preguntarnos: ¿cómo está abordando esta universidad los retos de la degradación medioambiental?*

2. La paz y la seguridad se han vuelto más complejas y críticas desde principios del siglo XXI. Más recientemente, con el retorno de la conquista y las guerras de poder, la realidad se ha vuelto más perturbadora y peligrosa. Sin embargo, la paz es algo más que un alto el fuego entre batallas, y la seguridad global es algo más que la vigilancia y la intervención militar. En las últimas décadas, hemos asistido al desarrollo de sistemas de seguridad cada vez más conectados a las tecnologías de vigilancia, a los drones letales e incluso a los sistemas de armamento, todo ello en nombre de la seguridad, como si esta fuera la única forma de asegurar la paz.

La doctrina social católica insiste en que la seguridad es, ante todo, seguridad humana, que garantiza la satisfacción de las necesidades básicas. Esta enseñanza se ha articulado en varias convenciones y tratados de derechos humanos; y, más recientemente, necesidades básicas como la alimentación y el agua, la vivienda, la atención sanitaria o la educación se expresan en los Objetivos de Desarrollo Sostenible de las Naciones Unidas (2015). En otras palabras, son reconocidas universalmente como un componente esencial para la supervivencia de un orden mundial pacífico y sostenible.

Para la teología, la colaboración entre las ciencias y las humanidades es esencial, como hemos mencionado antes. Añade a este discurso su propia tradición profética, que nos recuerda la necesidad de ver la paz y la justicia como algo entrelazado. Desde su propia red mundial, la teología eleva las voces de los que más sufren la inseguridad por la guerra y el desplazamiento o la migración forzada. La teología aprende de la creatividad de quienes luchan por sobrevivir en condiciones poco acogedoras, así como de su solidaridad vivida. La profundidad y amplitud de la experiencia de la teología se suma al conocimiento empírico, conectando a personas de diferentes contextos geográficos entre sí, con el objetivo común de trabajar por la paz y la justicia.

La teología centra el debate interdisciplinar sobre la paz y la seguridad en la transformación experiencial y social de los más afectados. Invoca su propio lenguaje de lamento, luto, dolor y alabanza a Dios junto con las reflexiones teológicas críticas sobre la paz y la justicia tal y como se han desa-

rrollado a lo largo de los siglos, especialmente como se refleja en una obra teológica tan importante como *Pacem in Terris* (1963). ¿Cómo contribuye, pues, la universidad jesuita a nuestra *comprensión de las exigencias de justicia y seguridad*, que son la base de la supervivencia y, más aún, del florecimiento humano?

3. La crisis del discurso político se ha incrementado desde hace tiempo y ha afectado a todas las regiones y sociedades. A través de campañas de desinformación y propaganda, ha aumentado el atractivo de la gobernanza autoritaria frente a las complejas y complicadas deliberaciones democráticas, lo que ha provocado no solo la pérdida de participación, sino también la violación de los derechos humanos, la corrupción política e incluso genocidios en nombre de la pureza étnica, racial o religiosa. El concepto mismo de discurso democrático se está degradando y, con él, la noción de justicia y derechos humanos.

La teología insiste en que la brújula moral debe apuntar hacia el respeto de la dignidad y los derechos humanos, que, de hecho, se presupone en cualquier tradición religiosa, aunque en términos o conceptos diferentes. La teología insta a los participantes en los debates a practicar la disidencia con respeto y no con violencia. Sin embargo, las comunidades religiosas son frecuentemente manipuladas para volverse ellas mismas violentas. La verdad de la religión se utiliza entonces para legitimar la falta de respeto a los demás e incluso los conflictos violentos. La teología debe expresar su crítica a esta politización ideológica de la religión, insistiendo, al mismo tiempo, en su propia voz crítica y profética en relación con las prácticas políticas. Dada su misión profética, ¿cómo aborda la universidad jesuita *la manipulación de la religión* —la falsa religión— con fines políticos, motivada por el deseo de poder y división?

4. La introducción de las nuevas tecnologías, especialmente la inteligencia artificial, la biología sintética y la manipulación genética, hace urgente la pregunta de qué nos hace humanos. En otras palabras, debemos abordar una cuestión fundamental de la antropología humana. Un enfoque puramente naturalista de la biología no reconoce como tal la diferencia entre las células no humanas y las humanas. La construcción de nuevas moléculas o la modificación de la constitución genética pueden parecer solo un reto científico. Sin embargo, la innovación responsable solo puede lograrse cuando se examinan los objetivos y los medios científicos, así como sus presupuestos epistemológicos.

A menudo, las preocupaciones relativas a los derechos humanos —entre ellas, los derechos de los países desfavorecidos— o las preocupaciones ecológicas chocan con la libertad de la investigación y los objetivos bien

intencionados de los científicos. Debido a las posibles consecuencias de la investigación sobre nuestra constitución biológica, muchas disciplinas científicas y humanísticas se debaten sobre la responsabilidad que tienen para con la sociedad, es decir, para con las generaciones futura y presente, o el ecosistema.

La teología dispone de recursos dentro de su propia tradición para llegar a estos debates actuales e incluso superarlos. Al observar los desarrollos científicos desde diferentes perspectivas (locales), así como en vista de la historia de la antropología en las humanidades, la teología —y la ética en particular— puede facilitar la investigación y las conversaciones inter- y transdisciplinarias. La perspectiva propia de la teología cristiana sobre la cuestión de la antropología se centra, por supuesto, en Jesucristo, cuya vida contrarresta cualquier visión reduccionista tecnocrática de la autoperfección, por ejemplo, a través de la bioingeniería. ¿Cómo ilumina y fundamenta la teología *nuestra búsqueda de la salud y el florecimiento humano*, de manera que ayude y, a la vez, contrarreste (o corrija) una comprensión estrictamente científica de la persona?

5. El pluralismo religioso ha existido siempre, con épocas de convivencia pacífica y otras de persecución de una o varias religiones por parte de otra. Hoy, sin embargo, el pluralismo religioso define una nueva forma de diversidad cultural-religiosa a la que las universidades deben responder. En algunas partes del mundo, el cristianismo y el catolicismo son las tradiciones dominantes, aunque en estos contextos se enfrentan a una creciente secularización. En otros contextos, el cristianismo (y el catolicismo) es una religión minoritaria que prospera entre otras religiones. En algunos Estados, los cristianos son perseguidos, sin que se garantice la libertad religiosa ni la libre vida comunitaria de la Iglesia. La Iglesia Católica está dispuesta a mantener la conexión especialmente con estos cristianos perseguidos, pero también necesita herramientas que permitan a los miembros de las diferentes religiones relacionarse entre sí en diferentes entornos.

La teología contribuye a este esfuerzo explorando, practicando y desarrollando diferentes formas de diálogo interreligioso. Las universidades son el espacio donde se puede aprender y practicar la habilidad del diálogo y las conversaciones conflictivas. Se necesitan desesperadamente nuevos métodos de diálogo que permitan la comprensión de la diferencia y la diversidad para fomentar un mejor entendimiento de los demás. Además, como ilustra el Papa Francisco (2020) en su encíclica, *Fratelli Tutti*, las religiones, trabajando juntas, tienen un papel clave que desempeñar a nivel mundial en la promoción de los valores de la amistad social. Sin ignorar las diferencias sustanciales en lo que creemos, el diálogo, guiado por una bue-

na teología de todas las partes, puede preparar el camino para una contribución constructiva y colaborativa a una cultura más pacífica. En su papel de *agente de reconciliación*, ¿cómo puede la universidad jesuita aprovechar los recursos de la teología para capacitar y ayudar a los miembros de su comunidad en esta misión?

La vocación eclesial de la universidad jesuita

La universidad jesuita realiza su trabajo en el contexto de la Iglesia y, al hacerlo, abraza su vocación eclesial. Aunque todas las instituciones de educación superior tienen el deber de reunir sus recursos académicos y financieros para abordar una o más de estas cuestiones definitorias de nuestro tiempo, los colegios y universidades que son católicos, y *a fortiori* jesuitas, cumplen ese deber con y para una comunidad de fe, es decir, la Iglesia en general.

Cuando decimos que la universidad jesuita tiene una vocación eclesial, queremos decir que, de alguna manera, debe estar vinculada al pueblo de Dios, es decir, a la comunidad de aquellos que, habiendo encontrado al Señor resucitado, dan testimonio de este hecho, pero que también comparan su testimonio con el del grupo fundador para verificar la autenticidad apostólica de este testimonio. Por supuesto, entendemos la Iglesia como una comunidad abierta a nuevas perspectivas, pueblos y preguntas, incluso en el ámbito de la fe. Y, como comunidad de compañeros de peregrinación, estamos llamados a aprender y a ayudarnos mutuamente en el camino.

Como todas las universidades católicas, las jesuitas luchan por permitir que el Evangelio inspire y anime su investigación, su pedagogía y su compromiso con el mundo. En resumen, cuando la universidad jesuita trabaja para transformar la cultura y la sociedad, trabaja para hacer manifiesto el “reino de Dios”. Además, lo hace mejor cuando mantiene una sana y adecuada independencia, resistiendo las intrusiones en su pedagogía, deliberaciones de investigación, políticas y procedimientos académicos. En otras palabras, es uno de los lugares donde la Iglesia *piensa*, donde su pensamiento informa su *acción* y donde su acción estimula la *conversión*.

Conclusión

Gracias en gran parte a la labor del Papa Francisco (pero, en mayor medida, al soplo del Espíritu Santo), la Iglesia se ha comprometido a “caminar juntos por el sendero” (griego: *syn-hodos*) hacia una vida más nueva y profunda. Somos conscientes de que proceder de manera “sinodal” tiene raíces antiguas en la Iglesia, pero su apropiación contemporánea, que es a la vez fresca y nueva, está llena de desafíos que la universidad jesuita es especial-

mente adecuada para ayudar a negociar. Hoy, la invitación particular que la Iglesia hace a la universidad jesuita es la de ayudarla a recorrer fiel y provechosamente el camino sinodal.

Una última reflexión: el camino sinodal está intrínsecamente comprometido con el *acompañamiento*. También está en el corazón de la tarea de una universidad jesuita educar a los estudiantes y de ayudarlos a florecer en todos los aspectos de sus vidas. Así también, de la misma manera que es vital para la Iglesia escuchar cuidadosamente una amplia sección de voces si quiere ser cada vez más “sinodal”, la universidad jesuita debe ser transdisciplinaria —ya sea en sí misma o en sus relaciones— si la investigación que produce ha de dar frutos. Por encima de todo, el camino sinodal es un camino de reconciliación, que siempre debe incluir el trabajo de la justicia, especialmente para aquellos que han sido rutinaria y sistemáticamente privados de ella. Muchas dimensiones de la universidad jesuita han sido pioneras en este rasgo del camino sinodal, ninguna más conmovedora que los numerosos programas que dan a los estudiantes, al personal y al profesorado la oportunidad de comprometerse directamente con los pobres y los marginados y aprender de ellos.

Referencias

- Congregación General XXXIII de la Compañía de Jesús (2018). *Decretos y documentos, 1983*. Curia General S. I. Roma.
- Congregación General XXXIV de la Compañía de Jesús (2018). *Decretos y documentos, 1995*. Curia General S. I. Roma.
- Kolvenbach, Rev. Peter-Hans, S. J. (2000). *The Service of Faith and the Promotion of Justice in American Jesuit Higher Education*. The Santa Clara Lecture, Santa Clara University. <https://www.scu.edu/ic/programs/ignatian-worldview/kolvenbach/>
- Naciones Unidas (2015, 25 de septiembre). Objetivos de Desarrollo Sostenible. <https://www.un.org/sustainabledevelopment/es/>
- Papa Francisco (2020). *Carta Encíclica Fratelli Tutti del Santo Padre Francisco sobre la Fraternidad y la Amistad Social*. Libreria Editrice Vaticana. https://www.vatican.va/content/francesco/en/encyclicals/documents/papa-francesco_20201003_enciclica-fratelli-tutti.html
- Papa Juan Pablo II (1990). *Constitución Apostólica Ex Corde Ecclesiae del Sumo Pontífice Juan Pablo II sobre las Universidades Católicas*. Libreria Editrice Vaticana. https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/apost_constitutions/documents/hf_jp-ii_apc_15081990_ex-corde-ecclesiae.html
- Papa Juan XXIII (1963). *Pacem in terris. Carta Encíclica de su Santidad Papa Juan XXIII. Sobre la paz entre todos los pueblos que ha de fundarse en la verdad, la justicia, el amor y la libertad*. Libreria Editrice Vaticana. https://www.vatican.va/content/john-xxiii/es/encyclicals/documents/hf_j-xxiii_enc_11041963_pacem.html
- Papa Pablo VI (1965). *Constitución Pastoral sobre la Iglesia en el Mundo Moderno. Gaudium et Spes*. Santa Sede. https://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vat-ii_const_19651207_gaudium-et-spes_sp.html
- Papa Pablo VI (1965). *Constitución dogmática sobre la Iglesia. Lumen Gentium*. Santa Sede. https://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vat-ii_const_19641121_lumen-gentium_sp.html
- Preferencias Apostólicas Universales de la Compañía de Jesús 2019-2029 (2019). <https://www.jesuits.global/es/uap/introduccion/>

